

COMPARTIENDO SENTIRES ENTREVISTA A MARÍA BELÉN OBERTO

Genzel, Agustina ^a

^a *Facultad de Psicología, Universidad Nacional de Córdoba*

*“Lo que el arte ofrece es espacio, un respiro para el espíritu”
—John Updike.*

*“Uno cuando está bailando o cuando está expresando cualquier arte, expresa sus
sentimientos, cómo está ese día, y con el arte uno va sanando”
—María Belén Oberto.*

En esta oportunidad, tuvimos el honor de conversar con una persona que dedica su tiempo tanto a la Psicología como al Arte, quien muy generosamente nos comentó cómo es vivir entre ambos mundos. María Belén Oberto, Licenciada en Psicología y recibida en nuestra Universidad Nacional de Córdoba en el año 2019, además de dedicarse a la Clínica en su espacio integral “Sanamente”, ofrece gran parte de su día a día al flamenco, dando clases en su propia escuela llamada “Palante”. Además, Belén sigue formándose en ambos campos y tomando clases, lo cual nos da una pista sobre su forma de percibir al aprendizaje como continuo e infinito.

—Mi nombre es María Belén Oberto, tengo treinta años. Mi historia empieza de la siguiente manera: arranqué haciendo danza a los tres años; mi mamá me mandó a una escuela que

Heterocronías. Feminismos y Epistemologías del Sur.
Vol. V – Núm. 1



Esta obra está bajo una licencia internacional [Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/)



había en mi pueblo y estudié danzas hasta los dieciocho años en esa academia. Cuando terminé el secundario, vine a estudiar a Córdoba. Empecé Arquitectura, después decidí estudiar Psicología; me di cuenta de que Arquitectura no era lo mío para nada. Así que, bueno, arranqué Psicología y me recibí de Psicóloga.

En todo ese transcurso de la carrera, seguí haciendo danzas. Siempre me gustó el flamenco. Hice muchas danzas (zapateo americano, jazz, clásico, danzas españolas) y llegó un momento en donde tuve que elegir qué hacer. Por ahí me pasaba cuando bailaba flamenco que no se notaba tan “aflamencado” lo que hacía, sino que tenía algunas cositas del jazz, por ejemplo. Y elegí el flamenco. Desde el 2015 hasta hoy, hago solamente flamenco. Además, en ese año arranqué a dar clases. Viajaba a dar clases a mi pueblo y después de la pandemia empecé a dar clases en Córdoba.

¿Cómo llega el flamenco a tu vida?

—En realidad, cuando estudiaba danzas españolas, a mi profe le gustaba mucho el flamenco. En las danzas españolas, ves un poco de todo: lo regional, lo que es el clásico español, el flamenco, y siempre me sentí muy atraída por la fuerza que tiene el flamenco, por cómo uno se puede expresar en esa danza. Y la verdad es que siempre me gustó mucho. El flamenco me traslada a otro lado, y yo creo que ninguna otra danza me genera eso a la hora de interpretar.

Dijiste que habías arrancado a dar clases en tu pueblo... ¿Qué es lo que te mueve a empezar ese recorrido y salir del lugar de estudiante para compartir esto con otras personas?

—Al principio tenía mucho miedo, pensaba que no sabía tanto, ¿qué iba a hacer dando clases? Hay mucha gente que sabe más que yo. En el pueblo, tengo una amiga que tiene una escuela de danza y ella me insistió mucho. Yo viajaba, iba y venía y ¿te digo la verdad? A mí me encanta dar clases, de lo que sea, me gusta mucho. Soy muy pedagógica a la hora de trabajar. De hecho, en la Psicología también trabajo con adultos mayores; hago estimulación cognitiva, que te pone un poco también en ese rol de estar frente a un curso, organizar y trabajar. ¡Y me encanta! Entonces fue un poco gracias a mi amiga que me insistió cuando lo probé. La verdad es que me gustó mucho y me sentí muy cómoda. Aparte de la



gratificación que te da ver que otros van avanzando y aprendiendo lo poco o mucho que uno sabe también es algo que me hace sentir muy bien.

¿Hay algún objetivo que te pongas antes de iniciar un curso? Pienso, por ejemplo, si haces algún foco en la parte de los pasos o buscas ir un poco más allá...

—Principalmente, lo que me propongo es que la persona que viene a aprender algo de flamenco, o que va por primera vez a ver tablaos, o que me va a ver bailar, pueda un poco absorber la esencia. El flamenco me pone la piel de gallina. Puedo ir a ver un tablao y salgo con una energía como si hubiese bailado yo tres horas seguidas y, claramente, solo estuve mirando. Quiero transmitir eso a la hora de dar clases, que no se interprete como una secuencia de pasos a seguir, sino como algo que tiene un sentido (el flamenco tiene un lenguaje muy hermoso para aprender), que tiene una lógica que, si a un paso le ponés la intención que requiere, ese palo que estamos bailando cambia totalmente, más que nada eso. Por ahí, lográs salir de una clase y decir “qué bien que la pasé, me olvidé de todos los mambos que tuve en el día por una hora”, y creo que tiene que ver con una conexión con lo que uno está haciendo.

Obviamente me gusta corregir técnica, me gusta que salgan las cosas lo mejor posible, pero prefiero mucho más que se vayan inspiradas, entusiasmadas y con ganas de aprender más que estar pretendiendo que todo salga perfecto.

¿Creés que en toda esta fuerza movilizada se puede encontrar algún tipo de relación entre el arte (cualquiera sea su forma) y la Psicología?

—Totalmente, la Psicología para mí es un arte también. Es conocer a la otra persona, te permite adentrarte en sus dolores y padeceres, que sé yo... es muy lindo también y uno va trabajando y construyendo en conjunto. Y de nuevo pasa esto: el poder ayudar al otro y ver que va avanzando, que va progresando. Entonces, para mí, las dos cosas son totalmente artísticas. El flamenco atraviesa mucho de la psicología también, a mí por lo menos me atraviesa un montón el estado de ánimo, las emociones. Uno cuando está bailando o cuando está expresando cualquier arte, expresa sus sentimientos, cómo está ese día, y con el arte uno va sanando.



Yendo un poco a tu día a día ¿cómo encontraste/ buscás un equilibrio entre ambas cosas?

—La verdad me costó mucho. Las dos cosas me gustan mucho. Tanto mi trabajo como psicóloga como el flamenco en sí (porque, aparte de dar clases, tomo clases y soy re ñoña en ese sentido, mientras más clases pueda tomar mejor). Me organizo de la siguiente manera: a la mañana estoy en el consultorio —en mi espacio que armé hace un año—, y a la tarde doy clases de flamenco en mi escuela que está en mi casa los lunes y los miércoles. Después, martes y jueves tomo clases en Vaya Alboroto, los martes entro más a la tardecita/noche, entonces trato de trabajar lo más que pueda hasta la hora de irme. Los jueves me voy más temprano; entonces también aprovecho. Y los viernes trabajo todo el día con la Psicología. Básicamente, donde encuentro un hueco aprovecho a meter un turno e ir armando, siempre también tratando de cuidar mi salud mental. Porque muchas veces uno quiere hacer todo junto y que todo te salga perfecto y la realidad es que hacer dos actividades, tener dos trabajos distintos de los cuales —como te digo— me gusta estudiar y aprender de los dos, fue todo un desafío. ¿Cómo voy a hacer las dos cosas? Creo que no me va a salir perfecta ninguna. Y, a la vez, siento que me tienen que salir bien las dos. Al principio, tenía mucho miedo y después me fui acomodando. Este año estoy un poco más canchera, pero ni bien arranqué con mi escuela acá fue bastante complicado encontrar horarios.

¿Cuál fue tu mayor desafío en este recorrido?

—Qué pregunta difícil... mi mayor desafío fue y es —creo— todavía el poder atender a estas dos pasiones por igual, sin dejar de lado ninguna. Cuando una se empieza a organizar y lo empieza a transitar a todo ese proceso (siempre con la ayuda de mi psicóloga), se acomoda. Pero creo que el desafío fue ese. Quiero sostener las dos por igual y que, a su vez, sea algo saludable para mí el mantenerlo. Y si en algún momento no se puede continuar, tendré que evaluar en ese momento cómo sigo. Hasta el día de hoy, el desafío es ese, poder prestarle la atención que yo quiero a las dos cosas.



Y si nos vamos a la contracara de ese desafío... ¿qué es lo que más te gusta de la convivencia entre estos dos mundos?

—Lo que más me gusta es que me siento bien haciendo las dos cosas. Hay veces en las que termino de trabajar (refiriéndome a la Psicología), y digo “Cómo me gusta mi trabajo”, viste cuando tuviste un buen día... después, a la tarde, sigo con mi otro trabajo o voy a tomar clases y es como “ay, como me gusta el flamenco”. Me siento muy bien en los dos lados. Si en su momento hubiese seguido con arquitectura, creo que no hubiese podido lograr las dos cosas por una cuestión de que me parece que, si no estás cómodo con lo que hacés, se dificulta más.

¿Qué es para vos el arte, en general, o, en particular, la danza/el flamenco?

—Toda la vida me gustó el arte. Por suerte, en mi casa le prestamos mucha atención a eso. Particularmente, lo que me gusta del arte es la posibilidad de transportarte a otro lugar en donde uno está cómodo, donde uno puede ser más libre, el transmitir a la otra persona. Me parece maravilloso eso de compartir sentires. El flamenco particularmente me genera algo muy fuerte. Es una danza con mucha fuerza; es una danza muy agarrada a la tierra. Entonces, uno cuando está bailando o cuando está mirando creo que puede sentir esa energía y disfrutarlo siendo uno mismo.

Cuando estoy bailando me olvido de lo que tengo puesto, de la persona que está mirando, soy yo conmigo misma, dándole todo y pasándola bien. Es como poder disfrutar de toda esa adrenalina y ese goce. Es como un combo perfecto.

En este “pasarla bien”, ¿pensás que se juega más algo de lo personal y lo que se mueve internamente o que se ven atravesadas cuestiones de lo grupal y del encuentro con el otro?

—Con las dos cosas. Es eso. La mayoría de las veces, cuando uno baila no está mirando al público, primero porque las luces no te dejan ver tanto. Lo que creo que manifiesta mucho es ese espacio compartido, esa energía. Entonces, tiene que ver un poco con lo personal, con esto de decir “okey, estoy entregando todo lo que sale de mí, y todo lo que puedo hacer”. Y podría decir que me estoy parando desnuda al frente de las personas para mostrar esto que



soy. A su vez, creo que es recíproco, porque la gente también manifiesta esa energía cuando aplaude, cuando te grita un “ole”, uno lo nota desde ese lado y están las dos cosas.

Lo que hace tan apasionante al flamenco, también, es que hay una comunicación tan grande, una energía que atraviesa todo, no solamente al público, es entre el cante, la guitarra, ni hablar de quienes hacen las palmas que están sosteniendo, todo un equipo que te salva.

Es individual, sí, porque estoy mostrando todo lo que me pasa y por ahí el baile es lo que más se ve, pero es sostenido por todo un grupo (que eso es lo lindo también) y, a su vez, el público devuelve todo lo que pasa.

Para ir cerrando, me gustaría preguntarte: ¿qué mensaje te gustaría dejar a quienes están en la búsqueda de estos caminos entre la formación académica y la formación artística?

—Antes de contestarte esta pregunta, quiero decir que no soy consciente de lo que hago hasta que no me lo estás diciendo ahora y ¡qué loco! Porque vos me lo estás planteando y digo: “wow, es verdad, hago las dos cosas, qué difícil”, nunca me lo había planteado así. Creo que todo es posible y que, si está sostenido desde lo que a uno realmente le gusta hacer y desde el disfrute, un poco las fuerzas, las ganas y la energía no nacen solas. Yo diría que se pueden hacer las dos cosas. Diría que hay que intentarlo, que es muy satisfactorio. No voy a decir que es fácil porque hay momentos en los que uno quisiera estar en su casa tomando unos mates; pero es gratificante y eso lo salva. Después, organización: hay que tener los horarios delimitados e ir acomodándose, inclusive meter momentos de ocio que son súper necesarios. Se necesitan también tiempos de descanso para el cuerpo, para la mente.

AGUSTINA GENZEL

La autora es estudiante de la Licenciatura y Profesorado en Psicología en la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Córdoba. También se desempeña como Profesora de Danzas Nativas y es estudiante de Flamenco.

